

“Una trampa del destino”: Alejo Durán canta y cuenta su vida a David Sánchez Juliao

Recuento de Marina Quintero Quintero

*Escribo para que
la muerte no tenga
la última palabra.*

David Sánchez Juliao

En 1986, tres años antes de que se produjera el deceso de Alejo Durán, el maestro del acordeón, los micrófonos de la empresa disquera Sonolux captaron la conversación fluida y reveladora entre dos narradores colombianos: David Sánchez Juliao y Alejandro Durán Díaz.

Relata Sánchez Juliao que frente a frente, en las oficinas de dirección de Sonolux, atizados por un mismo deseo, el juglar y el escritor acordaron una conversación a la que asistirían como convidados de honor

los recuerdos, las nostalgias, los sentimientos y, muy especialmente, las canciones que el juglar eternizó en casi cincuenta años de creativa trashumancia.

Como en *Danza de redención* (1998), novela donde el escritor actúa como mero intermediario en tanto que, dice, sólo le correspondió “desgrabar” las cintas en las que permanecían registradas las leyendas de San Fernando de Cumbé, lugar donde se acrisolaron los aportes de blancos, indios y negros hasta crear el cumbé (la cumbia), fabulosa expresión musical que arroja al mundo la esencia de sus habitantes, en *Alejandro Durán canta y cuenta su vida a David Sánchez Juliao*,

“Davo” también hace de intermediario, sólo que aquí oficia de oreja suprema y a la manera de fiel embudo de trasiegos infinitos, recoge las voces de los tiempos que pasan con sabiduría y elocuencia por



Escritor David Sánchez Juliao y vallenotóloga Marina Quintero Quintero

la memoria de Alejo, su personaje. La suya es una escucha fácil, un segundo pasaje, posible, porque del mundo del cual las voces dicen, él recibió sus ecos desde siempre, y desde entonces ha venido escuchándolos con avidez y devoción.

Alejo Durán no es un personaje como otros —como El Flecha, como El Pachanga— creados por Sánchez Juliao para reflejar la cultura popular del Caribe colombiano. Alejo Durán es una historia encarnada que se revela entre la realidad y la fantasía, mitificando la memoria de los tiempos.

En la madurez de su carrera creativa, el literato, en *Alejo Durán canta y cuenta...*, pasa del ingenio, la inventiva y el cáustico

humor a la reverencia ante el más fiel relato oral, ante el elocuente testimonio de un periplo eterno que volvió fiesta la palabra.

Así presentó la *Pluma de Lorica* la conversación con el maestro Durán, documento que, a la muerte del personaje, se convirtió en homenaje a su vida y a su obra y, por supuesto, a la grandeza de la juglaría del Caribe colombiano:

Hace varios años cuando me dedicaba a la grabación de un cuento en los estudios de Sonolux en Medellín, el director artístico de la empresa, Julio Segundo Villa, me contó que el gran Alejandro Durán se encontraba en la ciudad con el mismo propósito. Aquel hecho de que coincidieran una vez más en Medellín la canción popular y la literatura fue asumido por mí como una trampa del destino. Nos había empujado a Alejo y a mí hacía el mismo lugar: él a cantar y yo a narrar. Curiosamente, lo mencionaba a él entre lo que yo iba a grabar; y él iba a cantar de nuevo, quizá por última vez, al vehículo de placas 039, el que según me contó después, era un carro de Lorica... Un taxi de plaza, que conducía un paisano mío a quien llamaban 'El cachaco'.

Pero ya duchos en el oficio, él en el de cantar y yo en el de contar, confluimos en un tinto en el ámbito musical de la oficina de dirección. Y allí, en vista de que a ambos nos había sobrado tiempo del programado para la grabación, se me ocurrió la idea de proponerle algo con una pregunta, a la manera costeña:

—Maestro —le dije—: ¿por qué no nos sentamos frente a dos micrófonos en el estudio principal y nos conversamos cuatro vasos de agua?

Aquel negro hermoso y monumental que era Alejo abandonó la silla, se acomodó el sombrero de vueltas sobre la cabeza inquieta, y respondió con una anécdota como solía hacer con frecuencia:

—Mira, Davo —me dijo—: una vez un cachaco se encontró con un costeño y le dijo: ala, ¿cuándo te dejas ver para tomarnos unos tragos?; y el costeño le repuntó: ¡Eche! ¿y no me estás viendo? ¡Vamos!

Supe lo que quería significar. Nos sentamos a grabar en el estudio enorme, él y yo, ante dos micrófonos, como dos



Maestro Alejo Durán, foto tomada de la revista *Festival de la Leyenda Vallenata*, 1985.

espacial. Alejo era el astro rey, la más grande estrella luminosa. Horacio López, el ingeniero de sonido, echó a correr las cintas desde la consola, y el maestro Alejandro Durán y yo empezamos a conversar. De pronto, a mitad de la tertulia, abrió la caja de su acordeón, sacó de ella el instrumento y calmó con bajos y agudos mi curiosidad por su toque legendario. Después cantó solo, a capela, como si el universo silente del amplio estudio fuera el marco musical de su voz hoy extinguida, y viva, al mismo tiempo.

Este álbum es el resultado de esa larga conversación frente a los micrófonos, el producto final del llano, simple, sencillo

homenaje que una pluma costeña quiso rendir en vida al más grande exponente de nuestra juglaría.

Ernesto McCausland Sojo, quien con las cámaras de ‘Mundo costeño’, el programa estelar de Telecaribe, me acompañó en la edición final para el álbum, después de muerto Alejo Durán, me preguntó con una de esas frases que usan los periodistas incisivos:

—¿Y por qué el álbum, después de muerto el maestro?

Y le respondí con dos cosas; con la palabra, cuando le dije: porque Alejo no ha muerto, y con el diseño de la carátula, donde aparece manuscrita la frase que Alejandro Durán pronunció a la salida del estudio:

—Davo, guarda esta grabación hasta después de mi muerte... si acaso algún día muero

Ese día miré a Alejo a sus ojos sabios, velados como dos almejas diminutas, y me atreví a decirle con una sonrisa:

—Si me pide que publique el trabajo hasta después de su muerte,

la cinta habrá de permanecer guardada una eternidad; pero le prometo que la publicaré cuando haga el tránsito a la gloria.

Sonrió también, y me puso la mano en el hombro,

—Gloria —dijo—, no conozco a esa muchacha, y nunca le haré una canción.

El maestro siempre anduvo con ella, pero era tan modesto y tan prudente que jamás lo sospechó.

*Roberto decile a Gloria
que estoy vivo todavía
si llora pa' que la oiga
aumenta las penas mías.*

Alejo Durán